# PICARDIAS DE

1
233761



BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

10 CTS.

1

233761

47/1505262

# Entra sin llamar

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

## I

María Luisa estaba muy triste porque la casaban con Roque, un señor regordete, pequeñín, un poco calvo, que ya pasaba de los cuarenta y que usaba tirantes de goma elástica y calzoncilos de bayeta amarilla. Ella, de quien andaba perdidamente apasionada, era de Remigio, mozo garrido y simpático, y con unos puños capaces de derribar a bofetadas la torre de Tavira.

María Luísa vivía en un cortijo de los alrededores de Córdoba y era hija única de labradores bien acomodados. La casa que habitaba era suya, y suyas también las dos leguas de olivares y de viñedos que rodeaban la posesión.

Bien advirtieron los padres de la muchacha la desaforada pasión que ésta había concebido por Remigio; mas como el chico

R 3224195

se caía de pobre y no tenía tierras que heredar ni tíos en posición holgada, ni padrinos que le diesen la mano, los padres se opusieron a que tales relaciones siguiesen adelante, y el noviazgo quedó roto. Los dos enamorados, no obstante, se veían: unas veces por la tarde, en el jardín, otras de noche, detrás de las tapias de la huerta, y mientras charlaban, como el demonio de la pasión no duerme, ni las manos ni los labios estaban desocupados.

Tantas caricias habían alborotado los amorosos deseos del galán, hasta el extremo de que una noehe se atrevió a decir:

—Esto no puede continuar así, María Luísa; estás matándome.

Ella, que demasiado sabía a lo que el mancebo aludía, respondió sonriendo:

—¿Que estoy matándote, bobalicón?

—Sí.

—Porque tú me besas... yo te beso... y con tantos besuqueos paso unos malos ratos feroces, de modo que, donde me ves, apenas tengo apetito. Esto tiene que concluir: es necesario, chica, que me des el corazón.

Ella, que había leído muchas novelas picarescas y no se asustaba ni de un carabinero enamorado, replicó tranquilamente:

—Eso es un disparate, y vas a saber la razón enseguida. Mis padres quieren que me case con Roque, que, como sabes, es un hombre rico y formal por quien han anda-



do medio locas todas las señoritingas principales del pueblo, y yo estoy dispuesta a otorgarle mi mano. Ahora, bien: ¿cómo quieres, majadero, que te dé un talismán que constituye las tres cuartas partes más estimadas de mi dote?

A estas sensatas palabras Remigió contestó moviendo la cabeza con un gesto uraño de negación.

—Eso es que ya no me amas.

—Sí, te quiero.

—¡Mentira! La mujer que quiere a un hombre no le niega nada.

—Según—repuso ella, que era muy marisabidilla y discreta—porque si de sacrificios se trata, yo te diría que ningún hombre que quiere bien a una mujer, la exije cosa que pueda comprometerla. Así, pues, y para que los dos quedemos contentos, prometo solemnemente tener una entrevista contigo al día siguiente de casarme, y, si es posible, el mismo día.

Los ojos pequeñicos y lujuriosos de Remigio, centellearon de placer.

—¿Y cómo va a ser eso?—preguntó.

—Muy sencillo.

—¿Cómo? Porque yo, si me resigno a dejar que Roque se case contigo es con la condición de que he de abrazarte dos horas después.

—Corriente. Yo tengo un plan; fíjate, es muy sencillo. Yo, como es natural, me casaré por la mañana.

—Bueno.

—A mediodía, almorzaremos.

—¿Qué más?

—El resto de la tarde lo pasaremos tocando el piano y bailando. A las ocho, cenaremos.

—¿Y después?

—Luego los invitados se marcharán y Roque me llevará al sacrificio...

Y añadió, lanzando un gran suspiro de gozosa impaciencia:

—¡Ay, chico, chico! ¡Qué ganas tengo de que me sacrifiquen, de que me quieran mucho! Porque esta clase de sacrificios, se me antoja que deben ser algo así como miel sobre hojuelas. ¿No te parece?

—¡Sigue, concho!—interrumpió Remigio a quien las viciosas reflexiones de la joven enardecían—; sigue y no te andes por las ramas.

—Yo calculo que allá para las once, Roque me habrá dicho ya muchas lindezas propias del caso y que a la una de la madrugada, vencido por el cansancio del rico banquete y los vapores del Valdepeñas, se habrá quedado dormido. Pues entonces yo te hago una seña para que vayas a buscarme.

—¿Una seña!

—¡Claro!

—¿Y cómo va a ser eso, siendo la noche oscura como boca de lobo?

—¡Hombre, no seas bruto! Mira: Yo lo



tengo perfectamente discurrido y previsto; tú te colocas al otro lado de la noria, junto al olivo grande. Si a la una en punto no ves ninguna señal en las ventanas del comedor, es que Roque no se ha dormido y que yo, por consiguiente, no puedo recibirte.

Los labios entreabiertos de Remigio dejaron escapar un gruñido de cólera. María Luisa continuó:

—En caso contrario, si la suerte nos favorece, yo escribiré con un trozo de fósforo y sobre uno de los parches de cierto tambor viejo que hay en casa, las siguientes palabras: *Entra sin llamar*. Lo que equivale a decir que yo ya habré abierto la puerta del jardín, y que no tendrás más que empujarla.

—¿Y crees tú—objetó Remigio—que podré ver desde tan lejos lo que tú escribas en el tambor?

—Perfectamente: ¿no comprendes que yo estoy en la sombra y que en la obscuridad de la noche las huellas del fósforo brillan muy bien?

Remigio se dejó convencer.

—Bueno—dijo—no olvidaré la consigna: *Entra sin llamar*.

En esta conformidad se separaron.

La boda se celebró quince días después. La novia, según afirman los que la vieron de cerca, iba arrogantísima con su cuerpo ampuloso y robusto, sus ojos andaluces,

llenos de sombra y de luz, y sus negros cabellos adornados de azahares; en cuanto al novio, estabá delicioso con sus piernecillas estiradas y su levita un poco estrecha para el abultado perímetro del abdómen. Al salir de la iglesia comenzaron las libaciones, el almuerzo fué alegre y el resto del día transcurrió en medio de la más fraternal y bulliciosa algazara. Durante la cena Roque, que cumpliendo sus obligaciones de protagonista de la fiesta, era quien más zascandileaba y bebía, trasegó tanto, que a la hora de los postres los ojos se le cerraban y el pensamiento se resistía a coordinar ideas.

—Este—pensó María Luisa—antes de veinte minutos está dormido. ¡Voy creyendo que ese bribonazo de Remigio tiene mucha suerte!

Entonces, aprovechando una distracción de los que la rodeaban, salió del comedor, penetró en su dormitorio y sacando de la mesilla de noche un trozo de fósforo, escribió sobre el tambor y en caracteres grandes y claros aquellas tres palabras que, a modo de conjura, habían de abrir a Remigio las puertas del paraíso prometido:

*Entra sin llamar.*

Como se ve, María Luisa era una mujercita previsora, que gustaba de disponer los acontecimientos para luego hallar todas las cosas a punto y en sazón. Momentos después regresó al comedor, donde Roque,



con grosería notoria, andaba diciendo:

—¿Y mi mujer? :Habéis visto a mi mujer?... ¡Corcho, qué no vaya a marcharse... que ahora es cuando más falta me hace.

## II

Una vez en la alcoba nupcial, Roque tuvo un acto de delicadeza que sorprendió agradablemente a María Luisa. Ella, en pie delante del lecho, había comenzado a desnudarse. El dijo:

—Si quieres, me volveré de espaldas, o saldré de aquí un momento.

—¿Para qué, esposo mío?

—Para que no sufras la verguenza de desnudarte delante de mí.

—Yo agradezco mucho tu atención—replicó la joven riendo—pero, no hace falta.

—Mejor.....

—Tú, riquito, has olvidado que yo tengo veinte años y que, a esa edad, las mujercitas más castas saben muchas cosas.

Roque escuchaba a su costilla con los ojos llenos de sorpresa. Ella continuó:

—¿Tú no te alegras de que yo no sea una de esas mogigatas estúpidas que de todo se asustan?

—¡Claro es!

—Entonces y hablando «en plata», como

deben hacerlo desde el primer día los que se proponen pasar la vida juntos, te diré que, la mujer que da derechos a un hombre para que la quite toda preocupación, no debe tener reparo en que ese mismo, un momento antes de llevarla al tálamo, la quite la camisa,

Al oir estas palabras, Roque, lleno de alegría, empezó a batir palmas.

—¡Olé, olé!—repetía—¡así me gustan las mujeres! Eres una moza cabal, por lo graciosa andaluza, por lo franca aragonesa.

Lentamente, con toda la excitante parsimonia de una «profesional» del amor, María Luisa fué despojándose de sus vestidos. La falda y la enagua de seda crugiente cayeron al suelo, y tras ellas los pantaloncitos resbalaron también; la blusa y el corsé quedaron olvidados sobre una silla, y bajo la tela finísima de la camisa, los pechos, el vientre y las nalgas formaron como un desbordamiento de carne rosada.

El examen y tacteo de aquellas bellezas y los vapores del Valdepeñas, pusieron al excelente Roque alegre como unas pascuas y fuera de sí.

—¡Mi vida, qué hermosa eres!

—¿Estás contento de tenerme?

—Estoy loco de felicidad. ¿Y tú?

—Yo, también te quiero.

—¿Mucho?

—Bastante más de lo que pensé quererte.

Realmente, aunque Roque no fuese un



tipo seductor ni mucho menos, la joven no podía sustraerse a la sugestión que las pasiones fuertes producen, y como él estaba verdaderamente cachondo, ella no tardó en alegrarse. Era regordetillo, era pequeñín, era calvo y feo..... ¿qué importa si tenía una inmensa pasión y esto es lo único que hace falta en esos grandes momentos en que habla el amor?.....

«Me parece—pensó María Luisa — que esta noche Roque no se duerme y que el pobre Remigio, de consiguiente, se queda sin seña.»

Roque también se había aligerado de ropa, y estaba delicioso, tan chico, tan redondo, reluciente y colorado de cabeza a pies como niño recién nacido.

María Luisa, no pudiendo contenerse, pues estaba excitadísima, se agarró a su marido, mirándole fijamente a los ojos.

—¡Qué grandes los tienes!—exclamó satisfecha. — Cuánta luz y pasión veo en ellos.

Los ojos de su marido, efectivamente, eran grandes y negros y tenían un mirar penetrante y fascinador. Cuanto más los observaba María Luisa, más atraída y como magnetizada se hallaba, y lo que en un principio le parecía un poco ridículo, su esposo, notaba ahora que cada vez se sentía más magnetizada y que una dulce y misteriosa pasión se iba apoderando de sus sentidos.

Roque levantó a la joven entre sus brazos, fuertes y amorosos, cual lo hubiera hecho con una muñequita y empezó a darla besos locos y enamorados, en la frente, en el cuello, en los ojos, en los frescos y rojos labios de coral...

María Luisa se los devolvía con la misma pasión, y loca y fuera de sí, sin saber lo que hacía, le mordía los labios al besarlos, labios gruesos y carnosos que la deleitaban mordisqueárselos con sus afilados y menuditos dientes.

—¿Me quieres mucho, rica?

—Te voy queriendo cada vez más.

—Pues todavía falta lo mejor. No sabes de la misa la mitad.

—¿Crees tú que he de amarte mucho?

—Tú no sabes, mi vida, las sorpresas que te guarda tu Roque. Vas a gozar lo indecible, y cada vez estarás más contenta de haberte casado conmigo.

—¡Mi alma!

Roque, enagenado por completo, la condujo al lecho, blanco y limpísimo, lleno de encajes, lazos y guirnaldas; pues la mano de Colasa, una vieja criada de la casa, echó el resto en componer el dormitorio, verdadero nido de amor.

Nuevamente comenzaron a hacerse caricias los esposos.

La unión de aquellos dos seres, locos frenéticos uno por otro, en quienes revivía fuerte y vigoroso el deseo y el amor, la



potencia y la voluptuosidad, al ponerse uno frente al otro se produjo un choque violento. Roque la abrazó fuertemente, clavando sus crispados dedos en las dulces carnosidades dorsales de María Luisa.

Ella gritó:

—¡Ay, esposo mío!

—¿Qué quieres, mi reina?

—¡Ay, que me aprietas mucho!

—Aguanta, vida...

—¡No, no, por Dios!...

—¡Aguanta!...

—¡No, que me abrazas muy fuerte, que me destrozas!

Pero Roque, que era hercúleo y fuerte y estaba en aquel momento apasionadísimo y fuera de sí, no se dejó convencer por estos gritos de angustia y siguió apretando hasta que su exaltación nerviosa desapareció completamente.

Sólo entonces se detuvo.

Su cara, roja y congestionada por la enorme excitación amorosa, oprimía fuertemente las sonrosadas y tersas mejillas de la joven que, jadeante y angustiosa, dejaba que su marido la estrujase, la magullase su frágil y bellísimo cuerpo juvenil, de sonrosada carne fresca y olorosa. Esta suspiró; los dedos de Roque, febriles y apasionados, no se daban punto de reposo en recorrer ansiosamente las bellezas de aquel rico cuerpecito; sus labios, abrasantes, buscaban los de ella, besándolos an-

siosamente; su cuerpo oprimíase, aplastábase contra el virginal, esparciendo una dulce y agradable sensación de calor que enardecía más y más el deseo contenido.

En tal momento nada la dolía; el suplicio del primer apasionamiento había pasado, y una inexplicable turbación voluptuosa de dulzura inefable iba apoderándose de sus sentidos.

El la arrulló en los oídos palabras cariñosas y tiernas que élla gozosa escuchaba, transportándola sus sentidos a lugares fantásticos y deliciosos, en donde su dicha era infinita, y su inmenso gozar, de refinamientos exquisitos.

—¿Te gusta, alma mía?—decíala Roque, gozoso de ver que su amada entornaba los ojos placenteramente.

—Me gusta muchísimo.

—¿Verdad que nunca creíste que esto del matrimonio fuese tan bueno?

—Nunca.

—Pues aún falta lo más rico en este grandioso banquete que nos legaron nuestros primeros padres Adán y Eva.

—¿El postre?—dijo ella sonriendo.

—Eso es, el postre. El dulce, riquísimo y almibarado postre. No puedes formarte idea de la dulzor tan grande de semejante azúcar.

Ella volvió a entornar cachondonamente los hermosos ojos:

—¡Ay, vida mía!—suspiró—¡Me parece



que como sigamos así voy a quererte demasiado!

—Rica...

—Cielín...

—¡Toma mi vida, niña!

La sujetó vigorosamente por el talle y comenzó a mirarla. María Luisa se hallaba en el borde de la cama, recostada placenteramente en el centro de la misma, y Roque, acariciándola, delante de élla, con los desnudos pies más bien crispados que apoyados en el suelo. Su cuepo se recreaba y agitaba gozoso y lentamente con magestad tranquila y segura por las superficies de su rica propiedad. Después y cuando más delirante estaba la novia, el afortunado y ladino Roque, encorvando violentamente el cuerpo hacia adelante, comenzó a besarla los ricos botoncitos sonrosados y erectos que, bellos y desafiadores, asomaban montados sobre sus dos globos respectivos de blancura, suavidad y dureza incomparables. Esta nueva caricia determinó en el temperamento de María Luisa una excitación delirante.

—Me muero...—decía.

—¿Te sientes en la gloria, ya, alma mía?

—Sí.

—Anda, cachondona; bésame, pues, y toma mi cariño, que todo es para ti.

—Sujétame bien, Roque de mi alma, no vaya a dar con mis costillas en el suelo.

—Sí, vida.



—¡Sujétame fuerte, más fuerte. porque... me vuelvo loca!...

Y luego, transcurridos seis o siete segundos de respiración anhelante, la joven empezó a decir:

—¿Qué me sucede, Roque? Me pica todo el cuerpo... parece que el corazón se me para... y las sienes... ¡mira!... las sienes se me cubren de sudor. Esto es la muerte... una muerte muy dulce...

El, que en aquellos momentos no veía de ningún ojo, comenzó a balbucear como en un rugido:

—María... María Luisa...

—¿Qué?

—María de mi... al... ma... ma...

Ella sintió que los dientes de Roque se clavaban en su carne, y esto aumentó más y más su exaltación nerviosa. Pero como advirtiese que Roque, después de aquella especie de ataque epiléptico, estaba con los ojos entornados y la lengua colgante. la pobrecilla inocente se asustó.

—¿Qué tienes, esposo mío?—dijo.

El no contestó, no podía; tan grande era su enajenamiento. Ella repitió:

—¿Qué tienes? ¿Te pones malo?

Hubo una pausa. Al fin, Roque pudo hablar:

—No... no es eso.

—¿Entonces, qué te pasa?

—Es que es tan grande mi amor por ti, que al abrazarte tan fuertemente pensé

perder el sentido.

—¿Y con este abrazo has disfrutado muchísimo?

El replicó lanzando un formidable suspiro.

—Mucho, rica..... muchísimo..... ¡pensé morir!.....

—¡Ay, esposo mío, pues no seas egoísta! Yo también quiero gozar.

Como a Roque no se le había apagado la formidable llama encendida en su corazón, continuaron besuqueándose, y agitándose cadenciosamente y María Luisa no tardó en volver a experimentar aquel intenso deleite que al principio tanto la había asustado. Abrió los brazos buscando ansiosamente el cuerpecillo regordete de su marido para enroscarse a él; sus labios trémulos, entreabiertos y alargados, solicitaban las caricias ardientes de los suyos y con un jadeo incesante y un respirar fatigoso y exaltado, exclamó:

—¡Ay, Roque!.... ahora.... aquella dulce angustia.... ¡me muero!.....

No pudo hablar más, cerró los ojos, sus brazos se retorcieron, sus dientes crugieron, una gran convulsión recorrió su hermoso cuerpo, abrió los brazos y quedó su cuerpo inerte, tendido en la blanquísima cama que estaba hecha girones toda su ropa.

....Y el reloj. donde el destino va consignando las horas dichosas de los amantes, apuntó una más.



## III

Hacía dos horas que Roque y María Luisa se habían acostado, y él, que había desterrado su borrachera a fuerza de caricias, se fué despavilando y no parecía dispuesto a dormirse.

Ella pensaba.

«¡Pobrecito Remigio! Esta noche se tendrá que dar con un canto en las narices. Me parece que como no se ponga tripa arriba y mirando a las estrellas, no va a ver el cielo.

Al vibrar en el silencio del dormitorio la primera campanada de las doce, Roque, que seguía sin dormir, volvió a coger a su mujer. Esta segunda vez, la precipitación del esposo fué grande. Parecía que le escapaba el tren.

—¿Qué haces, caprichoso?—exclamó la joven.

—¿No lo ves?—¿No lo aciertas?

—¿Pero por qué me has cogido con tanta prisa y a toque de campana?

—Para que luego puedas decir que, en

la noche de novios, tu marido te largó un abrazo que duró dos días.

Ella celebró la ocurrencia con grandes risas y, de costado según estaba, quedaron fuertemente abrazados.

Roque se había sentado en la cama, con las piernas encogidas de modo que las rodillas le llegaban al

Por entre la almchada y su torneado brazo, María Luisa observaba atentamente a su marido que parecía estar dispuesto a pasar la noche en vela y volver pronto a las andadas, pues miraba con ojos encandilados las bellezas y primores escultóricos de su linda y fresca mujercita.

María Luisa alargó una mano y dió un pellico en una nalga al bobalicón.

Este, que siempre era fiel a la caricia, nuevamente tomó bríos y la emprendió a revolcones con ella por la cama. Pronto quedaron hechos un ovillo, y entre risas y chillidos, pellizcos y besucones, pasaron otra horita deliciosa en la que el marido dejó bien plantado el pabellón de enamorado infatigable.

Vencido por aquel nuevo latigazo de deleite, Roque se quedó echado medio boca abajo y no tardó en quedarse profundamente dormido.

El reloj del comedor cantó la una de la madrugada.

—¡La una!—balbuceó María Luisa.—Remigio debe estar esperándome.



Esto lo dijo sin emoción, admirada de que el recuerdo del hombre a quien siempre creyó adorar ciegamente, despertase en su espíritu tan poca alegría.

—Soy una ingrata—pensó—una ingrata y una mala mujer, porque Remigio no merece ser tratado así.

Otra vez una voz compasiva, esa voz de caridad y de fialntropía que ha hecho abrir de par en par las puertas del corazón a tantas mujeres, tornó a hablar en ella.

¿Por qué no dar al infeliz Remigio, que estaba solo en el mundo y era bueno como el más santo varón del martirologio, un poco de aquel deleite que Roque, gordo y feo, iba a tener a todo pasto?

Un ronquido de Roque acabó de desvanecer los últimos escrúpulos virtuosos de la joven. Sí, avisaría a Remigio...

Además: ¡es tan dulce la tarea de encornar a un marido!...

María Luisa se levantó sigilosamente, pero apenas hubo dado tres o cuatro pasos por la habitación, cuando los riñones empezaron a dolerle con tal fuerza, que hubo de buscar un punto de apoyo.

—¡Diablo!—exclamó—estoy derrengada; la verdad es que nadie echa cuatro o cinco horas diablescas impunemente.

Avanzó trabajosamente y, como no tuviese a mano silla donde sentarse, fué a colocar su magnífico posterior sobre el tambor donde horas antes escribió las tres pa-

labras mágicas de la cita.

—¿Qué haré?—se decía María Luisa;—¿le aviso a Remigio o no le aviso?... Realmente estoy medio muerta y no siento ni pizca de ganas de echar más horas a bromas.

En estas vacilaciones andaba cuando Roque, que sin duda advirtió entre sueños la desaparición de la esposa, despertó bruscamente.

—¿Qué haces ahí?—exclamó.

Ella repuso tranquilamente, con un cinismo que se confundía con el mismo candor.

—Nada, velar tu sueño; me he levantado temerosa de hacer involuntariamente algún movimiento que te despertase.

—¡Qué rica eres!

Ella le envió un beso con la punta de los dedos, y él lo recibió haciendo el movimiento del perro que coje un pedazo de pan en el aire. Regocijados con esta broma inocente los dos se echaron a reir.

De repente Roque brincó de la cama y se dirigió hacia la puerta.

—Ahora vuelvo—dijo.

—¿Dónde vas?—interrogó María Luisa.

—Espera, hija... Un aprieto...

Y Roque, a quien la cena, con el mucho vino y el mucho besar probablemente se le había indigestado, desapareció por el corredor ruidosamente.

—¡Qué asqueroso!—pensó la joven.



Este sucio detalle de la vida conyugal acabó de disgustarla, robándola los pocos deseos que tenía de ver a Remigio.

—¡Bueno!—murmuró—otra noche será.

Dirigióse al lecho nuevamente, apagó la luz y, como el dolor de sus riñones no menguaba, se acostó boca abajo.

Un momento después, Roque penetraba a tientas en la habitación.

—María—murmuró el esposo.

Ella, queriendo embromarle, no contestó. El repitió:

—María Luisa...

Sus palabras se extinguieron sin obtener respuesta.

—¡Canastos!—exclamó Roque—esta aldraguera es muy capaz de haberse quedado dormida!

Paso a paso acercóse al lecho y levantó las mantas. Su sorpresa fué enorme. Sobre el redondo glúteo de María Luisa fosforeaban, iluminándose y apagándose alternativamente, aquellas tres palabras terribles, enigmáticas como aquellas otras que amargaron los postres del festín de Baltasar:

*Entra sin llamar.*

—¡María!—gritó Roque casi aterrado;—qué quiere decir esto?

—¿Qué haces?

—¿Quiéres decirme—repuso Roque muy sofocado—qué diablos significa el letrero que tienes en el círculo?

—¿Qué tengo yo un letrero en el dorso?

repitió la joven sin comprender.

—Sí.

—No te entiendo.

—Pues menos lo entiendo yo.

—Explícate, hombre.

—Mira: aquí, sobre tus nalgas, hay unas letras que fosforean.

—¡Unas letras!

—Sí.

—Pero... ¿cómo?... ¿Unas letras escritas con tinta?

—No... ¡quiá!... Más raro aún. Unas letras que brillan... que parecen escritas con fósforo.

—¡Qué brillan!—repitió María Luísa que empezaba a penetrar el misterio.

—Sí, señora. Mira: aquí, en la nalga izquierda, leo claramente: *Entra*. Luego hay una *s*, la *i* se pierde en la juntura de los dos globos; luego hay una *n*; y, finalmente, sobre la otra nalga dice *llamar*. Toma un espejo y te convencerás.

Cogió de encima de la mesilla de noche un espejito que entregó a María Luísa, apagó la luz y la joven pudo comprobar por sí misma la verdad, ¡la horrible verdad! de lo que su marido la decía.

La explicación física de aquel misterio era sencilla: ella, cuando se sentó encima del tambor, tenía indudablemente las nalgas trasudadas de resultas del calor del lecho y del accidentado ajetreo que acababan de efectuar. y esta humedad fué la que



permitió que el fósforo se adhiriese a la carne.

¿Pero cómo decirle esto a Roque? ¿Acaso explicarle la verdad no era ponerle en camino de descubrir que aquellas letras, escritas sobre el parche de un tambor, podían ser una señal?...

Y María Luísa prefirió callar.

De pronto Roque, a quien la exhibición de las magníficas posaderas de su mujer había enardecido nuevamente, exclamó lanzando una sonora carcajada.

—¡Ya comprendo! ¡Tú eres la autora de todo este misterio, porque te daba empacho decírmelo!

—¿El qué?

—No seas vergonzosa, mujer... si yo tengo bastantes años y he visto mucho... y todo lo comprendo... Eres muy resalada y hasta me alegro de tu manera de pedir las cosas. Pues hija, me has dado en los nudillos con tu capricho; menudo gachó soy yo para ciertas complacencias.

María Luisa miraba a Roque y sus facionss, pálidas de cansancio, expresaban un pasmo supino.

—Explícate.

—¿Para qué?—repuso Roque con esa petulancia irritante de los tontos.

—Tú no sabías como hablarme por si acaso yo me mostraba tonto esta noche memorable ¿verdad?

—¡Yo!—exclamó la joven, un si es no

es aterrada.

—Bien claramente lo expresa el espíritu de esas tres palabras: *Entra sin llamar;* y más la ocurrencia que has tenido de escribirlas con fósforo para que sólo las pudiese distinguir con la habitación a oscuras.

—Roque, yo te juro que te engañas.

—Que no, mujer.

—Repito que te equivocas.

—Sea como fuera, la idea me agrada en gran manera. Eres colosal, hija mía, y cada vez te quiero más porque veo que te desvives para complacerme.

La discusión duró un rato más. Ella se resistiía y el trató de convencerla a las buenas y a las malas y de hacerle comprender que él no se chupaba el dedo, y que al buen entendedor con pocas palabras basta.

—¡Eres un animalucho! Mira tú que... pensar que yo... Cuidado que eres bruto.

Roque no contestaba; estaba muy atareado en demostrar palpablemente a su rica mujercita que el era un gachó con toda la barba y más tozudo que un aragonés que cuando se empeñaba un meter la cabeza por una pared, lo hacía.

¡Pobre Remigio!

¡Si el hubiese adivinado lo que, por culpa suya, acababa de ocurrirle a su amada!...

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

Lea V. la hermosa

# COLECCIÓN PLACER

TOMITOS PUBLICADOS:

**La primera noche de amor.-Suspiros tiernos.-Fiebre de amor.-La mujer del prójimo.-Goces supremos.-Picardías de novios.-**

Preciosa colección de tomitos, espléndidamente presentados y sumamente interesantes y sugestivos por su amenidad y originalidad, en los que se relatan infinidad de escenas vivas y realistas, de la vida alegre y bulliciosa de la juventud.

Constituyen estos tomitos una serie extensa de joyas literarias y artísticas en el género amoroso, escritas por sus autores con tal desenvoltura, gracia y salero, que hacen asistir al lector al lugar de la escena y saborear gozoso los pasajes deliciosos que en ellos se describen.

CADA TOMITO: 10 CTS.

Lea V. la sugestiva

COLECCIÓN

# ¡¡VIVA LA GRESCA!!

Consta de 10 tomitos picarescos diferentes, muy sugestivos, interesantes y amenos. La última palabra de lo gracioso y cachondonamente bien escrito.

Riquísima presentación.

CADA TOMITO: 20 CTS.

**Editorial AURORA.-Barcelona**